

—No lo preguntéis, ciudadano, respondió el otro. Si la República exige de vos un sacrificio, sois bastante buen patriota para hacerlo sin titubear un solo momento; eso ya lo sabemos; la República es antes que nada; el pueblo es soberano; eso nadie lo ignora. Vamos, Evremont, tenemos mucha prisa.

—Escuchad una palabra, repuso el doctor con voz suplicante; ¿quién le denuncia?

—Eso no debe decirse; pero preguntádselo al patriota del barrio de San Antonio.

Mr. Manette miró al patriota en cuestion, el cual se restregó la parte superior del pié derecho con el pié izquierdo, se atusó la barba y respondió por fin:

—Es verdad, eso no debe decirse; pero, sin embargo, yo os lo diré: le han denunciado...

El hombre se detuvo y luego añadió con cierta gravedad:

—Le han denunciado el ciudadano y la ciudadana Defarge... y además otra persona.

—¿Quién?

—¿Os empeñais en saberlo?

—Sí.

—¡Pues bien! dijo el hombre del arrabal de San Antonio mirándole de un modo extraño, ya lo sabreis mañana; en este momento no puedo decíroslo.

CAPITULO VIII.

Una partida de naipes.

Miss Pross, sin sospechar siquiera la nueva desgracia que acababa de suceder á las personas á quienes amaba, recorrió las estrechas calles que conducian al Sena y

atravesó el Puente Nuevo, procurando recordar las cosas más indispensables que debía llevar á casa. Jerry iba á su lado con la cesta colgada del brazo; los dos miraban á derecha y á izquierda todas las tiendas, y al verlas ocupadas por una porcion de individuos, deshacian el camino andado para evitar los grupos en que se hablaba con demasiada animacion. El frio era intenso, y en el rio, envuelto por la espesa niebla, se divisaban unos siniestros resplandores y se oia un fuerte martilleo que indicaba el sitio en que se hallaban situados los barcos destinados á la fabricacion de fusiles para los ejércitos de la República. Infeliz del que tratase de hacer traicion á aquellos ejércitos en que el mérito no guardaba relacion con el grado que cada uno ostentaba; más le hubiera valido morir antes que le saliera la barba, porque la guillotina se encargaria de afeitarle á la mayor brevedad.

Miss Pross, despues de hacer algunas compras en la tienda de un lonjista, recordó que necesitaba llevar vino; continuó su marcha, y dirigiendo una mirada escrutadora á todas las tabernas, se detuvo ante la muestra de «Bruto, el buen republicano,» situada á dos pasos del Palacio Nacional (que se habia convertido nuevamente en las Tullerías, como se le llamaba anteriormente). Una tranquilidad relativa reinaba en aquella taberna; y aun cuando se veia en ella alguno que otro gorro patriótico, el interior era ménos rojo que el de los demás figones que el ama de gobierno habia hallado en su larga expedicion. Despues de consultar á Jerry, que fué de su misma opinion, miss Pross y su acompañante entraron en la taberna de Bruto, el buen republicano.

Sin hacer caso de los humeantes quinqués ni de las personas que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con unos súcios naipes ó con unos dominós amarillentos, ni del trabajador que, con los brazos remangados, el pecho descubierto y la cara llena de tiz-

nonas, leía en voz alta el periódico del día; sin mirar á los que le escuchaban, ni fijarse en las armas que llevaban los bebedores ó se hallaban apoyadas contra las paredes; sin ver á los dos ó tres hombres que, tendidos en el suelo y cubiertos con la zamarra de pelo largo, que era por entonces la moda dominante, parecían unos perros de aguas durmiendo, nuestros dos compradores se acercaron al mostrador é indicaron lo que deseaban.

Mientras llenaban sus botellas, un hombre, colocado delante de una de las mesas que se hallaban al otro extremo de la sala, se despidió del compañero con quien estaba bebiendo y se dirigió hácia la puerta; para salir le era preciso pasar por enfrente del mostrador, y cuando llegó á él, miss Pross cruzó las manos y lanzó un grito penetrante.

Todos los circustantes se pusieron de pié inmediatamente; creyeron que acababa de cometerse un asesinato; pero en vez de una víctima tendida sobre el suelo, vieron á un hombre y á una mujer que, enfrente uno de otro, se contemplaban llenos de sorpresa. El hombre tenia todo el aspecto de un excelente patriota; la mujer, sin ningun género de duda, era positivamente una inglesa.

Las enérgicas palabras que aquel desengaño inspiró á los discípulos de Bruto, hubieran sido completamente ininteligibles para miss Pross y su acompañante, aun cuando las hubiesen escuchado con la mayor atención; pero ninguno de los dos veía ni oía nada, porque la sorpresa de Cruncher era por lo ménos tan grande como la del ama de gobierno.

—¿Qué os sucede? dijo en inglés y en voz baja el hombre que causaba la admiración de entrambos.

—¡Querido Salomon! exclamó miss Pross juntando las manos; ¡hallarte aquí despues de tanto tiempo sin tener noticias tuyas!

—¿Queréis que me maten? dijo el hombre lleno de terror.

—¡Hermano mio! exclamó la vieja solterona derramando unos gruesos lagrimones; ¿merezco yo que me bagas semejante pregunta?

—Pues tened quieta la lengua; si teneis algo que decirme, salgamos y hablemos ahí fuera. ¿Quién es este hombre?

Miss Pross, moviendo la cabeza y contemplando á su hermano cariñosamente, contestó que era Mr. Cruncher.

—Que salga con nosotros, dijo Salomon; ¿cómo me mira! ¿Se figura acaso que soy un aparecido?

Bien podia ser; sin embargo, Jerry no contestó nada, y el ama de gobierno, escudriñando las profundidades de su saquillo, acabó por encontrar su bolsa y pagó el vino que entregaban á Cruncher. Entre tanto, Salomon dió algunas explicaciones á los concurrentes, los cuales parecieron quedar satisfechos. Todo el mundo volvió á ocupar su puesto y continuó el interrumpido juego.

—Decidme ahora qué es lo que quereis, exclamó Salomon deteniéndose en la esquina de la calle.

—¡Me parte el corazon, exclamó miss Pross, el que un hermano á quien tanto he querido siempre, me dispense semejante acogida!

—¡Que demonio!. replicó Salomon posando sus lábios en el rostro de su hermana. Vamos, ¿estais ya contenta?

Miss Pross movió la cabeza y continuó lloriqueando.

—Si creis haberme sorprendido hace un momento, os equivocais, dijo el hermano; yo sabia que os hallábais en París; conozco á casi todos los habitantes de esta ciudad; y si no abrigais el propósito de hacer que me maten, como estoy á punto de ereer, continuad vuestro camino, despachad vuestros asuntos y dejad que yo me ocupe de los míos; no tengo ningun tiempo que perder; soy un funcionario público.

—¡Tú, hermano mio! dijo gimiendo la vieja solterona y elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas; ¡Salomon,

que podia prestar eminentes servicios á su país natal, ponerse al servicio de una nacion extraña! y ¡qué nacion! Mejor quisiera verte tendido en la...

—Bien decía yo, interrumpió Salomon; ¡tú quieres mi muerte! tú quieres hacerme sospechoso, precisamente ahora que comienzo á hacer mi carrera.

—¡Dios me libre de semejante cosa! exclamó miss Pross. Preferiria no volver á verte en toda mi vida, querido Salomon, á pesar de que no puedes imaginarte el pesar que eso me causaria! Dime una sola palabra cariñosa; dime que no estás enojado, que no estás resentido conmigo, y me marcho ahora mismo.

¡Pobre mujer! ¡como si ella mereciese la indiferencia de su hermano! ¡como si todo el mundo no supiese que un día, ya hacia de esto algunos años, aquel grandísimo bribon habia abandonado á su hermana despues de haber derrochado todo el dinero que la infeliz tenia!

Salomon, sin embargo, pronunció la palabra cariñosa que solicitaba la vieja solterona, y acababa de salir de sus lábios, con el aire de proteccion y de condescendencia que hubiera adoptado si los papeles se hallasen invertidos (cosa que siempre sucede en este pícaro mundo), cuando Cruncher, tocándole en el hombro, le dirigió con voz cavernosa la siguiente inesperada pregunta:

—¿Teneis la bondad de decirme si os llamais John Salomon ó Salomon John?

El funcionario público se volvió vivamente y miró al inglés con marcada desconfianza.

—Vamos, repuso el interlocutor, sed franco. Esta señorita os llama Salomon, y debe saber lo que se dice, puesto que sois su hermano; pero yo os conozco bajo el nombre de John: ¿cuál de estos dos nombres es el primero? El apellido Pross no era el que llevábais en Londres.

—No comprendo lo que quereis decir; explicáos claramente.

—Comprendeis muy bien lo que os digo; y lo confesariais inmediatamente si yo pudiese recordar el nombre que llevábais en Inglaterra.

—¡Bah, bah! exclamó John esforzando una sonrisa.

—Era un nombre de dos silabas.

—¿De veras?

—Sí; el de vuestro amigo no tenia más que una. Yo os conozco: os presentásteis como espía y como testigo en el tribunal de justicia. En nombre del espíritu de la mentira, que es vuestro padre, ¿cómo demonio os llamábais entonces?

—Barsad, dijo un nuevo interlocutor.

—¡Es verdad! exclamó Jerry; ese era precisamente el nombre que yo queria recordar.

El personaje que habia pronounciado este nombre era Mr. Cartone. Con las manos escondidas bajo su levita y cruzadas hácia atrás, se colocó al lado de Jerry con el mismo aire distraido que le vimos en Old-Bailey.

—Nos os asusteis, miss Pross; he llegado ayer por la noche, cosa que sorprendió muy de veras á Mr. Lorry, y hemos decidido, de comun acuerdo, que yo no me presentaria en ningun sitio, sino en caso de extrema necesidad. Si me he aproximado á vuestro lado es porque necesito hablar con vuestro hermano. Siento de veras, miss Pross, que se dedique á hacer con los presos el papel de *carnero*.

Designábase con este nombre á los individuos que en aquella época tenian la mision de ejercer el espionaje en las cárceles. John Barsad se puso lívido y preguntó que quién se atrevia á...

—La casualidad ha hecho que os encuentre hace una hora, le dijo Cartone, en ocasion en que saliais de la Conserjeria, cuyo edificio me hallaba contemplando. Yo soy buen fisonomista, y vuestras facciones no pueden confundirse con las de nadie. Deseandó saber cuáles eran

vuestras relaciones con la cárcel francesa, os he seguido hasta esa taberna, y sentándome detrás de vos, he podido colegir de vuestras palabras y de las frases que los demás os dirigian, la ocupacion á que os dedicais. Este descubrimiento ha convertido poco á poco en un proyecto firmísimo una idea que confusamente se me habia ocurrido, Mr. Barsad.

—¿Y qué proyecto es ese? preguntó el espía.

—Seria peligroso el explicároslo aquí; ¿teneis la bondad de acompañarme á un sitio más seguro, al Banco Tellstone, por ejemplo?

—Parece que vuestras palabras envuelven una amenaza.

—No os he dirigido amenaza ninguna.

—¿Y qué necesidad tengo yo de ir á semejante sitio?

—Creo que no podeis pasar por otro punto.

—Entonces sabeis más de lo que quereis decir, replicó el espía un tanto preocupado.

—Veo que no os falta inteligencia, Mr. Barsad: efectivamente, yo sé muchas cosas.

La indolencia de Cartone le servia de poderoso auxiliar en aquella ocasion, dado el proyecto que acariciaba y el hombre con quien se las habia; así lo echó de ver inmediatamente y no dejó de aprovechar tan favorable circunstancia.

—Yo sabia demasiado bien, dijo el espía mirando á su hermana, que acabaríais por meterme en algun berenjenal; si esto concluye en bien, vos solamente tendreis la culpa.

—Mr. Barsad, repuso Cartone, no seais ingrato; á no ser por el respeto que debo á miss Pross, os hubiera tratado de muy distinta manera, y ya sabríais hace un rato cuál es la proposicion que pienso haceros. Conque ¿venis al Banco?

—Sí; deseo saber qué es lo que teneis que decirme.

—Acompañemos primeramente á vuestra hermana hasta la esquina de la calle en que vive. Miss Pross, tened la bondad de aceptar mi brazo: en estas circunstancias podria ser peligroso el dejaros marchar sola; porque como Mr. Cruncher conoce á Mr. Barsad, es muy conveniente que venga tambien conmigo.

Miss Pross recordó hasta el fin de su vida que al cruzar las manos sobre el brazo que acababan de ofrecerle y al mirar á Mr. Cartone pidiéndole gracia para el indigno Salomon, vió en los ojos cuya mirada buscaba, una firmeza y un entusiasmo que desmentian la habitual indiferencia del abogado, trasformándole completamente; pero ella se hallaba entonces demasiado preocupada con su hermano para fijarse en semejante observacion.

Al llegar á la esquina de la calle en que habitaba el doctor, los tres individuos que acompañaban á miss Pross se separaron de ella, y se dirigieron á la casa Tellstone, que se hallaba á muy corta distancia.

Mr. Lorry acababa de comer y contemplaba el brillante y vivísimo fuego que ardia en la chimenea; tal vez buscaba en él el retrato de aquel agente de Tellstone que en otro tiempo se habia instalado ante la chimenea de la fonda del rey Jorge. Volvió la cabeza al notar que abrian la puerta, y manifestó alguna sorpresa al ver á una persona extraña.

—El hermano de miss Pross, Joh Barsad, dijo Cartone.

—¡Barsad! repitió el anciano gentleman; ¡Barsad! Recuerdo confusamente haber oido alguna vez ese nombre, y las facciones de este caballero no me son ciertamente desconocidas.

—Bien decia yo que teniais una fisonomía que no se olvida, repuso friamente Cartone; sentaos, John Barsad. Y tomando él mismo una silla, añadió con tono severo:

—El señor ha figurado como testigo en la causa de alta traición.

Mr. Lorry lo recordó inmediatamente, y examinó al testigo falso con visible repugnancia.

—Miss Pross ha reconocido en Mr. Barsad al hermano de quien le habeis oído hablar con tan extremado cariño, y él mismo ha reconocido ese parentesco, dijo Cartone; pero pasemos á otras noticias más tristes: Darnay ha sido nuevamente preso.

—¡Qué decis! exclamó el gentleman profundamente consternado. ¡Si aún no hace dos horas que me he separado de él, y se hallaba en completa libertad y exento de toda inquietud!

—Pues no lo dudeis, está preso. ¿Cuándo ha sido preso, Mr. Barsad?

—Hace un momento.

—La afirmación de John Barsad tiene en este asunto una gran autoridad, dijo Sydney; él mismo me ha comunicado la noticia al referirsela á uno de sus colegas con quien se hallaba apurando una botella. «Acabo de dejar, decía, á los cuatro hombres encargados de prenderle en la misma puerta de la casa que habita, y he visto que les han franqueado la entrada. Por lo tanto la cosa puede darse ya por hecha.»

La inteligente mirada de Mr. Lorry notó en el rostro de Sydney que era inútil insistir más sobre aquel particular, y que la detención se había verificado en efecto. Profundamente afectado con aquella noticia, pero comprendiendo por otra parte que necesitaba toda su sangre fría, el excelente anciano dominó su emoción y escuchó atentamente las palabras de Sydney.

—Yo creo, repuso éste, que la influencia de Mr. Manette logrará mañana el mismo efecto que hoy; pero también puede suceder lo contrario. Confieso, además, que me causa un profundo disgusto el ver que el doctor no ha podido prever esta segunda detención.

—Es muy probable que no sospechase nada, dijo monsieur Lorry, porque de otro modo...

—Pues su ignorancia del hecho es precisamente lo que me tiene inquieto; yo no puedo explicarme que en un asunto que le atañe tan directamente, se hayan atrevido á adoptar semejante medida sin contar con él para nada.

—Es verdad, dijo el gentleman acariciándose la barbillosa con su mano temblorosa y fijando su turbada mirada en el rostro de Mr. Cartone.

—En fin, nos hallamos en una época en que no puede uno ganar la partida sino jugando desesperadamente, dijo Sydney. Dejemos al doctor las mejores cartas, y yo me quedaré con las restantes. La vida se halla tan poco asegurada, que ya no tiene ningun valor; esta noche os llevan en triunfo, mañana os condenan; si hubiérais comprado vuestra vida el día anterior, habriais perdido lastimosamente el dinero. Aquí se juega la existencia de un amigo, y John Barsad es el adversario á quien me propongo ganar.

—Necesitareis tener muy buenas cartas, caballero, replicó el espía.

—Yo juego á cartas vistas y podeis examinar las que tengo en la mano. Mr. Lorry, ya sabeis que soy un salvaje; necesito una bebida fuerte.

Trajéronle aguardiente, bebió un vaso y luego otro y rechazó la botella, quedándose profundamente pensativo.

—Mr. Barsad, repuso como si efectivamente hubiese tenido los naipes en la mano, es *carnero* entre los detenidos, emisario de los comités de la República, tan pronto llavero como detenido, delator en todas ocasiones, y muy estimado como espía, porque un inglés tiene pocas probabilidades de dejarse seducir por nadie que lo intente para sus fines particulares; pero ha ocultado su verdadero nombre á los que le tienen asalariado, y esta es una buena carta. Mr. Barsad, que hoy se halla al servicio de la Re-

pública francesa, era en otro tiempo uña y carne del gobierno aristocrático de Inglaterra, enemigo de Francia y de la libertad: esta es una carta magnífica, con la cual se puede probar, tan claramente como la luz del día, á los celosos guardianes encargados de la salvacion del país, que el referido John Barsad, asalariado siempre por el gobierno inglés, es un espía de Pitt, traidor á la República francesa, y autor de todos los males de que se habla incesantemente sin conocer su verdadero origen; este solo triunfo vale más que todos los otros. ¿Os habeis fijado bien en mi juego, Mr. Barsad?

—¿Y qué quereis decir con todo eso? preguntó el espía lleno de inquietud.

—Ahora lo vereis, repuso Sydney. Yo juego mi as, que es denunciar á John Barsad al primer comité que halle á mano. ¿Qué carta es la vuestra? Examinad vuestro juego, Mr. Barsad.

Llenó entonces el tercer vaso de aguardiente y lo consumió de un solo trago. El espía temió que se emborrachase y fuese inmediatamente al comité del distrito. Cartone lo comprendió así, y llenando otra vez su vaso, dijo despues de vaciarlo:

—Examinad vuestras cartas, Mr. Barsad; y sobre todo fijáos bien en lo que haceis.

Tenia muy mal juego, mucho peor que el que Cartone se figuraba; Barsad veía entre sus cartas algunas sumamente perjudiciales, de las cuales no tenia conocimiento su adversario. Destituido de las honrosas funciones que desempeñaba en Lóndres, por haber tenido muchos tropiezos en materia de falsos testimonios (la fama de los esbirros de Inglaterra es de fecha muy reciente), habia atravesado el Estrecho y puéstose al servicio de la Francia. Empleado en un principio al lado de sus compatriotas, habia llegado á ser gradualmente espía y agente provocador de los indígenas. Recordaba que el gobierno caído

le habia colocado en el arrabal de San Antonio y le habia enviado á casa de los Defarge; que la policia le habia facilitado datos referentes al doctor Manette con objeto de que pudiese ganar la confianza del tabernero y de su mujer; que habia tratado de hacer hablar á Mme. Defarge, y habia salido desairado en su empresa. Habíase estremecido muchas veces al recordar que aquella implacable mujer no habia dejado de hacer calceta en presencia suya y le habia mirado de un modo siniestro. Desde entonces la habia visto infinidad de veces desplegar su calceta en el barrio de San Antonio, y leer en los puntos que llevaba hechos la acusacion de los individuos destinados á la guillotina. Barsad sabia, como todos sus compañeros de oficio, que le era imposible huir, que estaba fatalmente ligado al cadalso, y que á pesar de su adhesion al nuevo régimen político, podria bastar una sola palabra para que llegase á rodar su cabeza. Una vez denunciado, veía á Mme. Defarge, cuyo carácter le era tan conocido, descargar sobre él el último golpe. Todos los espías se asustan con suma facilidad; pero es preciso confesar que habia en las cartas de Barsad bastantes y fundados motivos para justificar el espanto que de él se apoderaba.

—Parece que no estais muy satisfecho de vuestro juego, repuso Sydney con una calma extraordinaria.

—Gentleman, dijo el espía dirigiéndose á Mr. Lorry en ademan servil y rastrero, yo apelo á vuestra edad y á vuestros generosos sentimientos para suplicaros que preguntéis á este jóven, que seguramente procurará atenderos, si cree poder jugar el as de que hablaba hace un momento. Yo soy un espía, lo confieso, y reconozco además que mi empleo no es nada honroso (sin embargo, alguien ha de desempeñarlo); pero este gentleman es demasiado hombre de bien para dedicarse á semejante oficio.

—John Barsad, dijo Cartone, encargándose de la res-

puesta y sacando su reloj: voy á jugar mi as dentro de cinco minutos, y os aseguro que lo haré sin escrúpulo de ningun género

—Yo creia, señores, repuso Barsad procurando que el anciano gentleman tomase parte en la discusion, que si quiera por consideraciones á mi hermana...

—La mejor manera de que yo la pruebe el interés que me inspira, es librarla de su hermano, interrumpió Sydney.

—¿Lo habeis pensado bien, caballero?

—Estoy firmemente decidido á ello.

El espia, cuya suave mansedumbre contrastaba extraordinariamente con el traje que vestía y hasta con sus ordinarios modales, quedó tan desconcertado con la seriedad de su adversario, que balbuceó dos ó tres palabras ininteligibles, y no pudo acabar su frase.

—Ahora observo una carta en la cual no me habia fijado, dijo Sydney despues de un momento de silencio: aquel *carnero* que se alababa de pacer en las provincias y que se hallaba bebiendo en vuestra compañía, ¿quién es?

—Un francés á quien no conoceis, dijo vivamente Barsad.

—¿Un francés? repitió Cartone quedándose pensativo.

—Sí, señor; pero eso no tiene ninguna importancia.

—Puede que no, continuó Sydney hablando maquinalmente; sin embargo, yo conozco aquella cara.

—No lo creo; tengo la seguridad de que os engañais, eso no puede ser, contestó inmediatamente el espia.

—¿Qué no puede ser eso? murmuró Cartone llenando nuevamente su vaso; ¿qué no puede ser eso?... aquel individuo habla bien el francés, pero pronuncia defectuosamente.

—Es un provinciano.

—Es un extranjero, exclamó Cartone descargando un puñetazo sobre la mesa; es Gly; ahora recuerdo que estaba con vos en Old-Bailey.

—Lo habeis dicho muy pronto, caballero, dijo Barsad sonriéndose de un modo que aumentó la oblicuidad de su nariz aguileña; acabais de incurrir en un error que me favorece por completo. Roger Gly, mi antiguo compañero, falleció hace doce ó quince años y fué enterrado en Lóndres, en el cementerio de San Paneracio de los Campos. Yo recibí su último suspiro y le hubiera conducido á su última morada, á no ser por aquella especie de motin que fraguó el populacho con pretesto de sus funerales; pero yo mismo le deposité en el ataud.

Mr. Lorry observó desde el sitio en que se hallaba una sombra fantástica que se dibujaba sobre la pared; buscó el origen de aquella sombra, y vió los erizados cabellos de Jerry Cruncher.

—Permitidme que demuestre lo que acabo de deciros, prosiguió el espia. Yo puedo probaros el error en que os hallais, haciéndoos ver el acta del entierro de Roger Gly, documento que llevo por casualidad en mi cartera; precisamente está aquí; tened la bondad de examinarlo, se halla en toda regla y perfectamente legalizado.

El gentleman vió aumentar la sombra proyectada en la pared. Cruncher apareció de improviso y se acercó sin que Barsad lo notase; luego, dando un golpe en el hombro del espia, le dijo con acento sombrío:

—¿Fuisteis vos, señor mio, quien colocó en el ataud el cadáver de Roger Gly?

—Sí, yo fui.

—Pues entonces, ¿quién le sacó de allí?

—¿Qué significa esa pregunta? balbuceó Barsad cayendo sobre el respaldo de su silla.

—Que ese individuo no ha sido enterrado nunca, respondió Cruncher con un acento cada vez más lúgubre. Que me ahorquen si miento.

El espia miró á los dos gentlemen y éstos examinaron á Jerry llenos de asombro.

—Vos sólo colocásteis en el ataúd unos cuantos pedruscos y un poco de tierra; no me digais que estaba allí el cadáver de Cly; eso no es verdad.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Nada os importa, refunfuñó Cruncher. Hace mucho tiempo que os odio nada más que por eso. ¡Ah, conque sois vos quien se entretiene en engañar á unos honrados comerciantes! Os ahorcariá gustosamente por menos de media guinea.

Sidney, Cartone y el gentleman, extrañando sobre manera aquel incidente, rogaron á Cruncher que se explicase con mayor claridad.

—En otra ocasion más oportuna, replicó Jerry con tono evasivo; ahora no tenemos tiempo para meternos en explicaciones. Digo únicamente, que Roger Cly no se hallaba en el ataúd en que este hombre asegura haberle colocado. Que se atreva á decir lo contrario, aunque sea por medio del gesto más insignificante, y lo ahogo por media guinea.

Jerry creia hacer con esto un alarde de generosidad.

—Eso prueba una cosa, repuso Sydney, y es que mi carta es buena, Mr. Barsad; dado el afán que reina actualmente de sospechar de todo el mundo, os es imposible sobrevivir á mi denuncia cuando demuestre que os hallais aquí en relaciones con otro agente de Pitt, antiguo compañero vuestro, que para engañar mejor á las gentes se ha hecho pasar por muerto y hasta ha fingido su entierro. Acusacion de complot contra la República: esta es una carta magnífica, una carta de guillotina. ¿Jugais ó no jugais, maese Barsad?

—¡No! abandono la partida; nuestro oficio está tan mal visto por el populacho, que he estado á punto de ser ahogado por la canalla cuando me disponia á salir de Inglaterra; y ese pobre Cly no hubiera podido dejar nunca su patria á no habersele ocurrido la idea de mandar disponer

sus funerales. Lo que yo no comprendo, es cómo ha podido ese hombre descubrir aquel engaño.

—No os ocupeis de semejante cosa, replicó Jerry; harto hareis con reflexionar acerca de vuestros propios asuntos. Meditadlos todo lo mejor que os sea posible.

Jerry no pudo dispensarse de dar una nueva prueba de su generosidad, ofreciéndose nuevamente á apretarle el pescuezo por la módica cantidad de cinco chelines.

El espía se volvió hácia Mr. Cartone y le dijo con tono más resuelto:

—Yo no puedo perder el tiempo; estoy de servicio, y es preciso que me marche. ¡Si teneis alguna proposicion que hacerme, hablad cuanto antes! No me preguntéis nada que se refiera á mis funciones; eso seria poner en grave riesgo mi cabeza, y yo dejaria de satisfacer vuestra curiosidad antes que tratar de engañar al gobierno del pueblo, porque de ese modo correria yo ménos peligro. Vos hablais de jugar el todo por el todo; pues eso precisamente es lo que estamos haciendo todos nosotros á cada instante. Pensad bien lo que haceis, porque yo tambien puedo denunciaros y jurar todo lo que se me antoje, y causar vuestra perdicion en un momento. ¿Qué teneis que preguntarme?

—Muy poca cosa. ¿Sois llavero de la Conserjeria?

—Ya os he dicho, de una vez para siempre, que es inútil pensar en una evasion, dijo Barsad con tono resuelto.

—¿Y quién os habla de evasion! ¿Sois llavero de la Conserjeria?

—Alguna que otra vez.

—¿Podeis serlo cuando se os antoje?

—Entro en la cárcel con completa libertad.

Sidney llenó su vaso y lo vació lentamente sobre el suelo. Cuando hubo vertido la última gota, se levantó y dijo á Barsad:

—Os he hecho venir aquí porque me convenia el que

algunos testigos conociesen el valor de mis cartas. Pásemos ahora á esa otra habitación, porque no necesitamos luz, y os manifestaré lo que tengo que deciros.

CAPITULO IX.

Se ganó la partida.

Sydney Cartone y Barsad se hallaban en la habitación inmediata y hablaban tan quedo, que apenas se percibía el timbre de su voz. Mr. Lorry miró á maese Cruncher de un modo nada satisfactorio. En honor de la verdad, la actitud de aquel honrado comerciante no era capaz de inspirar maldita la confianza. Descansando tan pronto sobre el pié derecho como sobre el izquierdo, se miraba las uñas de las manos con una atención harto sospechosa, y cuando sus ojos tropezaron con los de su amo, tuvo un ataque de esa tos especial que obliga á taparse la boca con el hueco de la mano, y que no revela nunca un carácter lleno de franqueza.

—Acercáos, Jerry, dijo el gentleman.

Nuestro hombre se acercó recelosamente y de medio lado.

—¿En qué os ocupábais antes de ser demandadero?

Jerry, despues de reflexionar algunos instantes, contestó una luminosa idea, y contestó que era labrador.

—Tengo motivos para sospechar, repuso el gentleman moviendo el dedo índice con ademán severo, que os habeis servido de la casa Tellson para encubrir una profesión ilícita é infame. Si esto es así, no esperéis continuar á mi lado cuando nos halleemos en Inglaterra, ni esperéis tampoco que yo guarde vuestro secreto. Estoy dispuesto á no tolerar que se abuse del nombre de Tellson.

—Señor, exclamó Cruncher con acento compungido, yo me atrevo á esperar que un gentleman á quien tengo el honor de servir hace ya tantos años, procurará no perjudicar á un pobre hombre que ha encanecido en su servicio. Aun cuando la cosa fuese cierta (no quiere decir esto que lo sea, pero aún cuando lo fuese), yo pagaría mis culpas por más de un estilo. Hay muchos doctores que ganan infinidad de guineas en negocios en que un pobre hombre recoge tan sólo algunos ochavos, algunos miserables maravedís; ellos van á colocar sus fondos en la casa Tellson, y al pasar le hacen á uno algun guiño para indicarle que necesitan ejemplares para sus estudios de disección; suben en su carruaje y desaparecen; pero engañan á la casa, porque vos sois excesivamente bueno y no podeis censurar al pequeño sin acusar también al grande. Además, mi mujer pide al cielo que se oponga á mi comercio, y eso me arruina, me arruina en toda la extensión de la palabra. Las esposas de los médicos no rezan nunca contra la clientela, por el contrario, si dirigen sus ruegos al Señor, es para que procure enfermos á sus maridos; y ¿cómo podrían éstos cuidar á los vivos si no hubiesen tenido á su disposición algunos muertos? Luego hay que luchar con los encargados de los entierros, los curas de la parroquia, los sacristanes y los llorones, gente toda muy apegada al dinero y que interviene siempre en esta clase de negocios; y yo os aseguro que no ganaría uno gran cosa, aún suponiendo que fuese verdad lo que decís. Lo poco que eso produce no sirve de nada; maldito lo que uno prospera; y de buena gana abandonaríá esa industria si fuera posible ganarse el pan de otro modo cualquiera, suponiendo, como digo, que la cosa fuese cierta.

—Quitáos de mi presencia, hombre repugnante, dijo Mr. Lorry, que sin embargo iba ablandándose algun tanto.

—Señor, prosiguió Cruncher, aún cuando el hecho fue-